

Índice

EL CAMPO Y LOS DILEMAS DE LOS ESTUDIOS POR LA PAZ

1. INTRODUCCIÓN
2. EL ESTUDIO DE LA PAZ Y DE TEMAS RELACIONADOS
3. DIVERSIDAD Y CONTRADICCIONES EN LOS ESTUDIOS DE PAZ
4. UNA INTERPRETACIÓN PERSONAL
5. LA ENSEÑANZA DE LOS ESTUDIOS DE PAZ
6. DILEMAS MORALES Y PRÁCTICOS
7. CONCLUSIÓN

EL CAMPO Y LOS DILEMAS DE LOS ESTUDIOS POR LA PAZ

I. Introducción

Puesto que voy a ocuparme de algo que para muchos es un tema poco conocido, e incluso quizás misterioso o nebuloso, me ha parecido necesario moverme en un terreno más amplio que cuando se trata una faceta especial de un tema cuyo perfil general es en general bien conocido.

2. El estudio de la Paz y de temas relacionados

Quizás lo sensato sea comenzar intentando identificar la posición de los estudios por la paz en el marco de otros estudios y disciplinas académicos. A veces se me interroga si los estudios por la paz constituyen una disciplina independiente y, en caso afirmativo, sobre qué cuerpo de conocimiento se fundamenta. Permítaseme dejar para más tarde la definición de los temas que a mi juicio caben dentro de los estudios por la paz. Con relación a la primera cuestión de si los estudios por la paz pueden considerarse una disciplina, tengo que reconocer que estoy más interesado en problemas, tanto teóricos como prácticos, que en definir disciplinas.

Pienso que las disciplinas no se han creado naturalmente sino por académicos con el objeto de delimitar esferas de interés intelectual, y que se hallan ahora institucionalizadas en departamentos, facultades, etc. Esto, claro está, ha sido necesario para evitar el caos, pero debemos ser flexibles. A medida que el conocimiento avanza y que se nos presentan nuevos problemas, unimos lo que había estado separado hasta entonces, tal y como se ha dado con la bioquímica o la psicología social. También se separan de materias previamente unitarias ciertas especialidades como la genética o la biología molecular, que han evolucionado hasta constituir de hecho ramas de estudio diferenciadas. Para afrontar las necesidades y problemas de nuestros días, contamos hoy con materias tales como ecología, empresariales, relaciones internacionales, planificación, recursos humanos y otras más. Estas materias son de una complejidad que cruza las fronteras, -útiles pero artificiales- de las disciplinas. Estas ramas de estudio han surgido porque las disciplinas ya existentes, según se definían y enseñaban, no eran capaces de recogerlas del todo. Así, las relaciones internacionales evolucionaron hace unas pocas décadas porque la historia, la ciencia política, el derecho internacional y la economía no permitían tematizar suficientemente por sí mismas cuestiones que generalmente se reconocían como muy importantes. Todas estas ciencias eran pertinentes, pero había que buscar nuevos modos de combinarlas para enfocar ciertos temas. Lo mismo podría decirse, a mi juicio, de los estudios por la paz. El que se pueda o no calificar como disciplina un campo particular del trabajo intelectual, se me antoja, sin embargo, como relativamente insignificante, con tal de que se realice con rigor intelectual, ofrezca conocimientos nuevos, válidos y generalizables, y tenga cierta importancia en la práctica.

Los estudios por la paz, de hecho, son simplemente los más nuevos de entre una gama de estudios relacionados. Entre ellos están, las relaciones internacionales (a las que acabo de referirme), la investigación de conflictos, los estudios de la guerra, y los estudios estratégicos, sin olvidar el difícilmente definible trabajo de miembros de los distintos movimientos pacifistas. que, como por ejemplo en el caso de Mahatma Gandhi, Martin Luther King y Dom Helder Camara, tiene un contenido intelectual relevante.

Unas pocas definiciones aproximativas nos pueden ayudar a entender este mosaico de relaciones. Los estudios de la guerra (al margen de las técnicas más específicas de combate estudiadas en las academias militares o de defensa) conllevan el examen de cómo surgen las guerras, cómo se desarrollan en general, cómo se les puede poner fin y cuál es su impacto en el tejido social y económico.

Muchos de los temas de los estudios de la guerra conciernen igualmente a los estudios estratégicos, que sin embargo plantean enfoques estratégicos más amplios: geopolítica, equilibrio de poder, economía de guerra y uso de armas estratégicas.

Los estudios de conflictos ponen el acento sobre las reacciones recíprocas de la gente y los grupos en situaciones conflictivas, y cómo modificarlas. No se limitan en absoluto a los conflictos internacionales sino que se ocupan también de los industriales, raciales, sociales y de otras clases de conflicto. Los estudios de conflictos se han desarrollado en ocasiones con gran sofisticación estadística y empleando muchas veces elementos de la teoría de juegos. En general, los estudios de conflictos enfatizan sólo un estadio de lo que yo califico (como explicaré brevemente) proceso de construcción de la paz: el estadio de la negociación.

Las relaciones internacionales tratan, obviamente, de las relaciones entre Estados, de la diplomacia, del derecho internacional, del orden internacional y de cómo éste se mantiene y, por supuesto, de los conflictos internacionales y los procesos de construcción de la paz internacional.

La separación entre estos campos y entre ellos y los estudios por la paz no es de ningún modo precisa y todos ellos -al menos en ciertos aspectos- son facetas de otros o están conectados entre sí. Los estudios por la paz y los estudios de conflictos están, quizás, muy estrechamente relacionados (como ilustra, por ejemplo, el nombre del "Instituto Richardson para la Investigación de la Paz y de los Conflictos" en el que, por lo que sé, no se hace ningún esfuerzo especial por separar estos temas).

El estudio de la paz, al menos como yo defino este campo, difiere (de los ya mencionados) en varios aspectos. Enfoca, como su nombre indica, la paz, es decir, una relación entre individuos, grupos, naciones o incluso unidades mayores, basada en la cooperación. Analiza las condiciones bajo las que en vez de cooperación hay hostilidad mutua y violencia y trata de descubrir técnicas que puedan transformar estas relaciones en pacíficas.

Sin embargo, antes de continuar con el examen de la naturaleza del estudio de la paz, quisiera definir lo que, en mi opinión, no está incluido en este campo. Habrá quien esté en desacuerdo conmigo, lo que demuestra que existe una cierta confusión acerca del significado de la palabra "paz". Este tema reaparece en este trabajo, por lo que sólo lo trataré brevemente aquí. A mi juicio el estudio de la paz no es el estudio de la pacificación, o de la supresión de la disidencia, o del mantenimiento de un status quo penoso para los menos privilegiados. Algunos mantendrán que paz consiste simplemente en la ausencia de la violencia manifiesta, aunque otras formas de violencia puedan estar haciendo tanto daño como formas más patentes y usarse a veces en nombre del mantenimiento de la paz o de la ley y del orden. Por otro lado, tampoco creo que los estudios de la paz puedan fundamentarse en una especie de intento sentimental de hacer que todos sean amigos sin corregir las injusticias reales o conflictos de intereses que haya de por medio. El estudiante de la paz, por ejemplo, no debe de intentar reconciliar al amo y al esclavo, sin haber antes trabajado para abolir la esclavitud.

Tampoco incluyo en mi definición de los estudios de paz enfoques predominantemente filosóficos o psicológicos. Admito que así estoy levantando una de estas barreras artificiales que circunscriben todas las disciplinas o campos de estudio, pero creo que en este caso, en esta situación, hace falta poner estos límites para poder trabajar con eficacia en un campo que ya es muy diverso y complejo.

Personas serias me han señalado que la única paz es la paz de Dios, tal como se establece en los evangelios. Paz que trasciende todo entendimiento y que, aunque algunos personalmente podamos creer en ella, no puede ser objeto de una indagación académica guiada por cualquier otro interés. Un poco con el mismo espíritu, un joven me preguntó recientemente si podría haber alguna paz, sin que los individuos tuvieran paz interior. Es una pregunta interesante, desde luego, pero ambigua y compleja: algunas de las personas más santas y entregadas se han visto atormentadas interiormente, mientras que, por otro lado, he sabido de personas de las que se dice que han disfrutado de una gran paz después de haber cometido algún acto atroz de sadismo o de venganza. Esto no significa negar la importancia del concepto de paz interior, sino decir que su estudio nos llevaría a vías inexploradas que podrían alejarnos de lo que yo concibo como nuestros principales problemas y propósitos.

3. Diversidad y contradicciones en los Estudios de Paz

Quienes tienden a considerarse a sí mismos como implicados en estudios de paz o en investigación de paz (a menudo ambos términos se usan indistintamente, aunque quizás debiéramos aprender a diferenciarlos) pueden agruparse en dos líneas: la funcional y la ideológica. La línea divisoria pasa entre quienes están interesados en el conocimiento científico y quienes están interesados en la acción. Estos últimos pueden estar interesados en investigación, pero como preludeo a la acción eficaz.

Los estudiantes de estudio de paz suelen tener otras etiquetas más ortodoxas, tales como economista, sociólogo, politólogo, biólogo, etc. Lo que les distingue

de sus colegas es el uso que habitualmente hacen de sus disciplinas. Cabría añadir, sin embargo, que la aplicación de los conceptos y métodos de una disciplina a un área particular de problemas, en este caso los relacionados con la paz, puede influenciar a tales programas y métodos. Por consiguiente mientras que el estudiante de paz será posiblemente reconocido como un distinguido científico social, probablemente se le considerará como algo heterodoxo.

Los activistas están representados, por ejemplo, por muchos de quienes a lo largo de los años han estado relacionados con la War Resisters International (N del T: objetores de conciencia) o "Peace News". No estoy insinuando que no haya académicos competentes entre los que colaboran con diversas revistas eruditas. Bertrand Russell, después de todo, fue uno de ellos. De hecho hay muchos interesados tanto en el trabajo académico como en la acción. No obstante existe una escisión.

Los activistas están interesados en cambiar situaciones que consideran como susceptibles de conducir a la guerra y a la violencia y, si investigan, es con el objeto de informarse mejor y actuar así más eficazmente. Los investigadores "puros" tienden a pensar que basta con conocer los hechos, que basta con estar bien informados para evitar las guerras y la violencia. A eso responden los activistas: "¿Quién toma las decisiones? ¿Quién usa los resultados de tu investigación? Pueden ser tan útiles para el Pentágono" -uso esta palabra como símbolo de la maquinaria de guerra- "como para el fomento de la armonía y la paz". Sostendrían que además, de disponer información, hay que contar con la capacidad o la influencia para emplearla en la práctica. Esta escisión funcional va muchas veces con el temperamento y muchas otras en parte con la ideología.

Pero la principal división ideológica entre quienes se hallan comprometidos en estudios por la paz atañe a su interpretación de la paz. Para algunos, aunque creo que hoy día cada vez menos, la paz es simplemente la antítesis de la guerra: la guerra puede ser la expresión más terrible de una situación hostil pero creo que la mayor parte de la gente incluiría en su campo de interés situaciones pacíficas y hostiles en áreas tales como la industria, las relaciones raciales, las relaciones comunitarias e incluso las familiares. La mayor diferencia, sin embargo, está entre quienes ven la paz, a cualquier escala, como la ausencia de violencia manifiesta, y quienes la equipararían más bien con la justicia social. Los unos estarían a favor de mantener el status quo pretextando que mientras no haya violencia abierta las cosas no van tan mal, y que cualquier tentativa de cambio, particularmente un cambio inconstitucional, podría conducir a perturbaciones peligrosas del orden existente. Los otros sostendrían que muchas veces, como en Sudáfrica, el relativamente "pacífico" status quo se mantiene por medio de la injusticia y que, de hecho, se ejerce una violencia constante sobre los derechos e incluso sobre las vidas de seres humanos. Este, dirían, es en realidad un estado de ausencia de paz que debe cambiarse. Quienes piensan de este modo, se dividirían a su vez entre los que creen que esta forma de lo que se ha denominado "violencia estructural" (Galtung), sólo puede ser derrocada mediante la resistencia, utilizando, si es necesario, la contraviolencia, y los que creen en técnicas no-violentas de cambio social.

Alrededor de estos temas hay un debate considerable, con frecuencia áspero. No obstante, no encuentro que esta división sea malsana o indeseable. Hay un fermento de interés, frecuentemente muy bien informado, acerca de cuestiones que afectan profundamente a la supervivencia humana. Además, algunos enfoques en los estudios por la paz han esclarecido por una parte los lazos entre guerra y violencia, y por la otra peligros tales para la humanidad como la pobreza masiva y el hambre en el Tercer Mundo, el daño ecológico y el peligro de agotamiento de recursos irremplazables. De este modo se fraguan lazos importantes, tanto teóricos como prácticos.

4. Una interpretación personal

En toda esta diversidad es importante, sin embargo, intentar desarrollar un núcleo central de ideas que, a la vez que pueda abarcar una amplia gama de intereses y diversidad de opiniones en muchos temas, posibilite, no obstante, cierto desarrollo metódico, un mayor grado de consenso. Muchos de nosotros hemos intentado hacer esto, y durante estos últimos años me he ocupado, yo también, de este problema, tanto en mis escritos, como más tarde con mis esfuerzos por crear la "School of Peace Studies" en la Universidad de Bradford. Quizá pueda ser de ayuda si doy cuenta brevemente de cómo ha evolucionado mi propio enfoque.

Habiéndome comprometido durante muchos años en -problemas del Tercer Mundo, y motivado en gran parte por la violencia y el sufrimiento que veía, he intentado comprender sus orígenes. Luego, durante un periodo de cuatro o cinco años, he estado directamente implicado en intentos de mediación en guerras de Africa y Asia, y mis ideas rudimentarias sobre la paz y la violencia comenzaron a referirse a problemas de la negociación internacional. Sin embargo, cuando iba a desarrollar mis conclusiones, me dí cuenta de que mi enfoque era demasiado restringido. Un negociador hábil puede suavizar una situación particular, pero no suprimir las circunstancias que la provocan: las rivalidades, la opresión, la escasez de recursos. Además, incluso si se pone fin a las guerras, en grandes áreas del mundo continuarán muchas de las condiciones asociadas a la guerra: gente expulsada de sus hogares, encarcelada injustamente, separada de sus familias, arrojada a campos de prisioneros, virtualmente esclavizada, explotada por los patronos, represaliada por la policía, llevada al hambre y la desnutrición a causa de la negligencia oficial o las políticas oficiales; gente humillada y con percepciones distorsionadas por la propaganda; muchos muertos de hecho a causa de estas condiciones. Semejantes circunstancias infligen tal daño a la vida humana, la salud, la capacidad para una existencia y trabajo creativos y felices, y al desarrollo de las potencialidades, que me es imposible referirme a ellas como pacíficas: infligen a los seres humanos, aunque de una forma menos directa y concentrada, muchos de los horrores destructivos de la guerra.

A partir de mi percepción de estas circunstancias extraje tres conclusiones. En primer lugar, el estudio de la paz no debería confinarse al análisis de los medios para prevenir o acabar con las guerras.

En segundo lugar, ya que muchas de estas circunstancias eran internas -más que internacionales- el estudio de la paz no debería considerarse exclusivamente en el nivel internacional.

En tercer lugar, y por la misma razón, llegué a la convicción de que el apoyo a un status quo que permitía o fomentaba tales condiciones hostiles no' podría considerarse de ningún modo como promotor de la paz. Al contrario, era la admisión tácita de la violencia.

Encontré, sin embargo, que el concepto de paz era insatisfactorio. Era a la vez demasiado vago, demasiado emotivo, demasiado susceptible de manipulación.

Desarrollé, por tanto, un enfoque basado en lo que he denominado relaciones pacíficas y hostiles entre individuos, grupos o naciones. Este concepto nos capacita para analizar nuestra interacción en varias dimensiones: psicológica, económica, política y, desde luego, humana, en la medida en que las personas se ven afectadas negativamente. He definido las relaciones pacíficas como las que permiten a individuos o grupos conseguir juntos objetivos que no habrían podido alcanzar por separado, o al menos no les obstaculizan mutuamente (aunque, según mi experiencia, la neutralidad en la interacción es un caso raro). Relaciones hostiles son aquéllas en las que las partes implicadas se dañan recíprocamente de manera que, de hecho, consiguen menos de lo que podrían haber hecho independientemente y, de un modo u otro, perjudican la capacidad del otro para su desarrollo, maduración o realización; o relaciones en las que una parte sale perjudicada de esta manera aunque no suceda lo mismo con la otra que puede sacar ventajas de la interacción existente.

La primera tarea de la paz consiste pues, a mi juicio, en identificar y analizar estas relaciones. Digo "identificar" porque pueden no ser siempre obvias. Recuerdo mi propia juventud cuando, para la mayoría de los ingleses, la relación colonial parecía no sólo legítima y natural, sino también beneficiosa mientras que, de hecho -a pesar de que hubo muchos administradores coloniales sensatos y humanos- fue social, psicológica y culturalmente perjudicial para el colonizado. Y digo "analizar" porque tales relaciones pueden ser complejas aunque, como en el caso de la guerra, no sean difíciles de identificar.

Esto lleva directamente a la siguiente función de los estudios por la paz, que es emplear esta información para idear los medios de cambiar relaciones hostiles en pacíficas. Aquí pueden estar estrechamente vinculadas la teoría y la práctica. Me interesa más el intento de definir el ámbito de los estudios por la paz que elaborar mis propias ideas en detalle y no trataré, por tanto, de describir las varias etapas por las que creo que pueden transformarse relaciones no pacíficas en pacíficas; sugeriré meramente que tiene que haber ciertas variables clave que tener en cuenta. Una es la correlación de poder (o de poder percibido) entre las partes en la relación hostil. Permítaseme sugerir en términos muy simples lo que quiero decir. Compárese un altercado entre un niño pequeño y débil y un matón mucho más fuerte que pretende robarle su dinero del bolsillo, con una riña entre dos muchachos de igual tamaño y fuerza. Las opciones del niño pequeño son diferentes de las de los dos contendientes iguales. Puede ceder y tratar de apaciguar al matón, o contrarrestar su fuerza, armándose por

ejemplo, con un palo o echando mano de un amigo que le ayude o encontrando algún medio psicológico de intimidación. De no existir ninguna de estas opciones no podrá detener al matón. Los contendientes iguales pueden luchar o negociar, o luchar y después negociar, o luchar y separarse siendo todavía enemigo. Pero el niño débil no puede ni entrar en una pelea frontal, ni negociar porque no tiene nada con lo que hacer tratos. Pero si consigue la ventaja de un garrote, un aliado, o lo que se quiera, entonces tienen las mismas opciones que la otra pareja.

Otra variable es la percepción de la situación. Tomemos los muchachos otra vez.

El niño pequeño puede haber sido educado en una sociedad en la que es costumbre que los chicos mayores abusen de los pequeños. A éstos no les agrada, pero lo aceptan como parte del orden natural y su aquiescencia es en parte autoprotectora. Hay muchos grupos cuya percepción inadecuada de la situación les impide emprender una acción eficaz. En el caso de los otros dos chicos puede no haber en absoluto un conflicto real de intereses; pueden haber peleado simplemente porque uno de ellos entendió mal lo que el otro dijo. En este caso una tercera parte con tacto puede reconciliarlos antes de que empiecen los golpes.

Estos ejemplos tienen varias implicaciones. En primer lugar, que la pelea (cualquier otra forma de relación hostil) puede resolverse (o convertirse en una relación pacífica, o al menos llevarse en esa dirección) por medio de cambios en las percepciones (mayor conciencia), o de cambios en la estructura de poder de la relación (ó al menos en la percepción de la estructura de poder), o de ambas cosas.

En segundo lugar, que las percepciones falsas y el poder sutil o escondido tienden a asociarse.

En tercer lugar, que las negociaciones entre el fuerte y el débil significan generalmente que el débil cede ante el fuerte.

En cuarto lugar, que las negociaciones con tira y afloja difícilmente serán mutuamente satisfactorias si ambas partes no tiene una fuerza más o menos parecida.

De estos ejemplos extraigo dos principios para los estudios por la paz. Debe haber interés en cambiar las percepciones, en ampliar el conocimiento de la realidad social; y debe haber interés en cambiar la correlación de fuerzas cuando el poder se está empleando para reforzar o mantener al fuerte a expensas del débil. Según el caso, estos principios tendrán implicaciones muy diferentes tanto para el análisis como para la acción, pero en cualquier caso conllevan una modificación intencionada de la situación dada.

De este modo, ciertas relaciones hostiles pueden transformarse y cobrar un carácter pacífico solamente tras un periodo de cambio, incluso de turbulencia, en el que, paradójicamente, los estudios por la paz como yo los entiendo tienen que estar implicados. Si esto suena extraño sólo cabe señalar que la

alternativa es permitir que persista la hostilidad. Esto implica una función más para los estudios por la paz: la de buscar enfoques no-violentos para el cambio del statu quo, pues me parecería incongruente responder a una clase de violencia con otra. Aquí, podríamos guiarnos por varios planteamientos de la no-violencia, algunos de los cuales han sido sistemática e incluso oficialmente desarrollados bajo el título de defensa civil.

Me he referido de pasada a la negociación y es sin duda una labor de los estudios por la paz el examinar este proceso cuidadosamente, determinando no solamente cómo llevarlo a cabo, sino en qué circunstancias es apropiado para conducir a un arreglo auténtico y no una fórmula para la sumisión. Es parte del proceso que constituye normalmente un tema central en la investigación de conflictos.

Es el momento ahora de mencionar una característica de los estudios por la paz que distingue su ámbito de los otros ya mencionados: sus posibles cualidades. La mayoría de los involucrados en este área no piensan en la paz como el mero fin de la agresión o del conflicto sino, como ya he sugerido, como una convergencia final en búsqueda del beneficio mutuo.

Así, los estudios por la paz deben interesarse en enfoques que remodelen la sociedad y el orden mundial de tal modo que no sólo sea eliminada la violencia manifiesta y la latente, sino que se establezcan y se mantengan la armonía y la cooperación. Por esta razón, hay que añadir una dimensión más: el estudio del futuro y las posibles alternativas al sistema actual.

Dadas estas tareas tan variadas y complejas se apreciará que los estudios por la paz deben constituir una empresa grande y diversa. Reclamará la contribución de personas de formación académica muy diferente, en posesión de cualidades y capacidades personales variadas. Creo, sin embargo, que es posible construir un marco dentro del que estos esfuerzos diferentes puedan acomodarse constructivamente y de este modo ser aprovechados para el bien común de la humanidad. El marco es esencialmente el estudio de las relaciones; la determinación de lo que convierte a algunas de ellas en mutua o unilateralmente destructivas, y de lo que hace a otras constructivas; el intento de descubrir, y en algunos casos poner en práctica, los métodos mediante los que las relaciones hostiles pueden transformarse en pacíficas; y finalmente el esfuerzo imaginativo de concebir un orden mundial más pacífico.

5. La enseñanza de los Estudios de Paz

Permítanme resumir brevemente lo que esperamos hacer en nuestro programa de enseñanza. En primer lugar, emprender un estudio de temas importantes, tanto contemporáneos como históricos, sistematizado mediante el análisis de las relaciones; en segundo lugar, intentar aplicar el análisis a la práctica; en tercer lugar, ofrecer lo que espero que sea una buena educación general y un método útil de acercarse a algunos de los problemas más urgentes del mundo.

Espero que en nuestro programa no abordemos solamente estudios de casos concretos, como por ejemplo el del Oriente Medio, sino que abordemos también

algo más profundo y universal. Deberíamos analizar la relación entre muchos de estos elementos: desarrollo y subdesarrollo, colonialismo, las distorsiones de la percepción que acompañan a la hostilidad, y los peligrosos juegos de estrategia global puestos en práctica por las grandes potencias. Estas y las otras cosas a las que me he referido son, por supuesto, temas en sí mismos, pero al centrarlos expresamente en los temas concretos de una parte del mundo en particular, en un período de tiempo particular, proporcionarán, espero, una comprensión de la totalidad de la vida, y nos permitirán tanto a nosotros como a nuestros estudiantes determinar los diferentes hilos de los que está tejido el tapiz de la experiencia humana.

Se puede objetar que el conocimiento en cualquiera de cada uno de estos campos interrelacionados, ha de ser necesariamente fragmentario, pero esto depende de la perspectiva desde la que se mire. A mi juicio es más importante entender las interacciones que tener un conocimiento intensivo de uno de los elementos interactuantes al precio de ignorar los otros. Recuerdo mi experiencia de hace algunos años, como "consejero" de Asuntos Sociales para la Comisión de Planificación de Pakistán. Muchos de mis colegas eran economistas, y había también especialistas en agricultura, irrigación, extracción mineral, comunicaciones, vivienda y varios otros campos. Creo que fue una experiencia bastante común para todos nosotros el que al principio encontráramos de muy poco valor nuestros propios conocimientos técnicos ya que carecíamos de la comprensión de la compleja interacción con otros factores en el contexto de su aplicación. Sin embargo, descubrimos también que podíamos aprender con bastante facilidad lo suficiente acerca de las técnicas de nuestros colegas como para plantear las cuestiones precisas, acudir a las fuentes de información correctas y para ajustar nuestro propio enfoque especializado a los propósitos amplios del grupo como un todo. Además, deberla. añadir que al hacer esto, aprendíamos algo inesperado sobre nuestros propios conocimientos técnicos. Así, aunque no cabe esperar que nuestros estudiantes se conviertan en expertos en todos los diversos campos interrelacionados, o ni siquiera en ninguno de ellos, yo me atrevería a decir que se convirtieron, por así decir, en especialistas en desenredar relaciones, o, expresándolo de manera quizá más positiva, en hacer encajar las cosas. Volviendo por un momento a mi propia experiencia, pronto me di cuenta de que aprendí suficiente teoría del desarrollo económico como para orientar mi propia contribución no económica al plan para el desarrollo económico, e incluso para decir cosas sobre desarrollo que eran pertinentes para el trabajo de mis colegas economistas.

El mundo está constituido por una gran red de relaciones, muchas de las cuales tienen sus elementos no pacíficos, que sería deseable aprender a reconocer, y yo confío en que durante su trabajo práctico nuestros estudiantes serán capaces de percibir estas relaciones y, con una juiciosa orientación, quizás aprender algunos de los enfoques por medio de los que pueden ser transformadas.

6. Dilemas morales y prácticos

Las dificultades que nos aguardan en el futuro me induce a cambiar el tono un tanto abstracto y académico de mi conferencia para pasar a tratar brevemente

lo que espero que no sea más que un ejemplo hipotético de lo que he estado hablando. Supongamos que en un momento de confusión económica y social una poderosa minoría impusiera en este país un régimen aborrecible, que se abandonaran los procedimientos democráticos, que fuesen masacrados o recluidos en campos de concentración los que no fueran de puro origen anglosajón, se castigase brutalmente a los disidentes, la educación se viciase de racismo, se impusiese la censura, etc. (lo mismo podía suceder, claro está, como consecuencia de una invasión, y podría haber ocurrido hace treinta y cinco años, pero ahora, en mi opinión, no es muy probable). El país estaría claramente dominado, según mi terminología, por relaciones no pacíficas. ¿Cómo -y me refiero en particular a quienes están involucrados en los estudios por la paz, y deberían estar interesados específicamente en tales cosas- deberíamos responder a esta situación?

Hay varias alternativas:

1. Portarnos, en lo posible, de forma complaciente con nuestros nuevos gobernantes, con la esperanza de ganar su favor e influir después en ellos para que cambien sus funestos métodos. Personalmente he rehusado implicarme en semejante empeño en casos parecidos, por considerarlo nocivo además de inútil.

2. Quedarnos lo más quieto posible, tratando de no llamar la atención, y en espera del momento en que el régimen caiga y podamos de nuevo cultivar la paz. Esta es una clase de cobardía que Gandhi juzgó peor que la violencia.

3. Tomar las armas, unirnos a grupos guerrilleros y de saboteadores, como han hecho muchos, incluyendo el clero católico en América Latina, que advirtieron que la única manera de extirpar la violencia era a través de la contraviolencia. Otros, sin embargo, objetarán que las exigencias de la lucha nos forzarán a desarrollar el mismo tipo de estructura burocrática opresiva de nuestros opresores, que así podríamos volvernos como ellos, que cuando triunfásemos sustituiríamos sin más un terror por otro.

4. O tomar parte en una lucha no-violenta. El objetivo político de ésta es el mismo que el del tipo de acción anterior. Sin embargo, no hacemos a nuestro enemigo lo que él nos ha hecho: dañar su potencial como ser humano. Nuestras armas son el paro laboral masivo, el boicot, el sabotaje incruento, la realización de errores a propósito en cada actuación oficial, la desobediencia civil de todo tipo, que a la larga conduce a la paralización de la maquinaria del Estado. Tal campaña no-violenta requiere, como sin duda lo hace una violenta, organización, coraje, determinación y una persistencia heroica.

No es mi intención argumentar las ventajas y desventajas de estos diversos enfoques, aunque he insinuado ya que los dos primeros no me atraen. El que nos sintamos movidos a emplear técnicas violentas o no-violentas de resistencia a un régimen odioso o a un invasor extranjero, depende de consideraciones que son, por un lado, morales y, por otro, tácticas y estratégicas. Insistiría únicamente en que no estoy defendiendo un pacifismo del tipo tradicional, al que un destacado académico cuáquero (que es Profesor Adjunto en Estudios de la Guerra en la Universidad de Londres) se refería como

"el ghetto intelectual del pacifismo". Sugiero, sin embargo, que deberíamos tomar en cuenta seriamente los enfoques puros y duros de la no violencia según los describen autores tales como Adam Roberts, Gene Sharp, George Lakey, y Boserup y Mack. Mi principal propósito es, sin embargo, indicar que nuestro compromiso para con la paz y las relaciones pacíficas, según he procurado definir las, puede conducirnos lógicamente a situaciones que sean excepcionalmente incómodas y a decisiones que podrían ser de lo más angustiosas, ya que algunos pueden juzgar que nuestra elección se contradice con los principios que profesamos.

Confío en que no se produzcan las circunstancias en que mis colegas o yo, sea en los estudios por la paz o no, nos veamos enfrentados a tan severas alternativas. No hay que olvidar, sin embargo, que debemos estar siempre preparados para practicar los principios que predicamos, y que en mayor o menor medida la práctica puede hacernos impopulares para quienes tienen la capacidad de amargarnos la vida.

7. Conclusión

He intentado definir el alcance, la naturaleza y los problemas de este campo en términos más o menos intelectuales. Pero creo que la mayoría de mis colegas y yo hemos asumido este trabajo por razones que no son principalmente intelectuales. A menudo hemos llegado a este campo con dolor y sufrimiento, porque no podemos rechazar las obligaciones que resultan de nuestras experiencias en este mundo cada vez más oscuro. Martin Luther King dijo en un famoso discurso "Tengo un sueño". Yo también tengo un sueño. En esta triste era tengo un sueño que no veré realizado, pero si no lo intentamos ahora, tampoco nuestros nietos lo podrán ver. Sueño con un mundo en el que no estemos separados los unos de los otros por miedos, sospechas, prejuicios y odios; un mundo en el que seamos libres e iguales, respetuosos y cariñosos el uno con el otro.

Tal vez el hecho de establecer los estudios por la paz a nivel intelectual y práctico pueda ayudar de alguna manera a que este mundo vaya surgiendo. Esta es nuestra motivación. Pero ello no ocurrirá si los que nos damos cuenta de ello estamos llenos de sentimientos de culpabilidad, de auto-odio, ambición codiciosa o desesperación en nuestro interior. Hagamos, pues, todo lo que podamos en el mundo y en nuestras mentes, pero sobre todo cuidemos la humanidad en nosotros mismos y en los otros, especialmente en aquellos de quienes estamos separados por barreras superficiales de ideología, religión o raza. Hasta que podamos reconocer que nuestra naturaleza común y nuestro destino común son más importantes que lo que nos separa, las sombras continuarán alargándose hasta que la noche caiga irrevocablemente.